

NUEVA YORK, CIUDAD DIÁSPORA

JUAN FLORES

La revista *New York* ha cambiado su nombre por el de *Nueva York*, al menos durante una semana. El nombre de la ciudad en español en la portada del 6 de septiembre de 1999 evidencia a los lectores del popular semanario la actualidad de los asuntos –y las palabras– “latinos” entre el público norteamericano. El tema de la revista *Nueva York* y la frase en español, en letras blancas y amarillas sobre una insinuante fotografía de Jennifer López, reflejan “la explosión latina”. La admirada actriz y cantante neoyorquina es sin duda la “Miss Nueva York” de nuestra época: su cuerpo ocupa toda la portada, y el artículo de fondo, titulado “The Star Next Door, Vida López” –en alusión a Ricky Martin–, se propone explicar por qué Jennifer López, vedette del desfile del Día de Puerto Rico en Nueva York, novia –supuestamente– de Puffy Combs, imitadora de Selena, aspirante a ser Barbara Streisand y propietaria del trasero más famoso de Estados Unidos, podría ser el prototipo de celebridad del futuro. Antes de que nos demos cuenta, todos los neoyorquinos y todos los americanos estarán “viviendo la vida loca” en las calles de Nueva York.

Al comienzo del nuevo milenio, la fiebre “latina” está echando raíces en la cultura popular estadounidense a un ritmo sin precedentes, en la prolongada historia de esa seducción continental. Casi todas las semanas hay un nuevo programa especial en los medios de comunicación, y no hay prácticamente ningún aspecto del ocio y de la vida pública –deportes, música, cine y televisión, publicidad, moda, comida– que perma-

nezca ajeno a la enfática presencia latinoamericana. La visibilidad no es un elemento nuevo del “ambiente latino” en la cultura *pop* estadounidense –pensemos en Carmen Miranda, Ricardo Montalbán o Desi Arnaz–, como tampoco lo es el “sabor latino” –*salsa y sabor*–, un nuevo ingrediente en el famoso crisol, ya sea éste musical, sexual o culinario. Pero esas modas pasajeras y esa idea subliminal de otredad han saturado últimamente la esfera pública del *pop*, y lo “latino” ha alcanzado una prominencia tal que lo ha convertido en un forjador de gustos y tendencias.

Bajo esta gran influencia cultural, se ocultan grandes cambios demográficos y económicos que han tenido como consecuencia el crecimiento y la enorme diversificación de la población “latina” en Estados Unidos, de forma que casi todos los países latinoamericanos y caribeños tienen ahora una considerable presencia en muchas zonas, especialmente en los grandes centros urbanos de Los Ángeles, Miami y Nueva York. A principios de los 90, el *New York Newsday* editó un extenso suplemento titulado “The New Nueva York”, y con esa expresión resumió el importante incremento y la diversidad de la comunidad “latina” en la ciudad desde los años 70. La afluencia creciente de dominicanos, mexicanos, colombianos, ecuatorianos y otros grupos provenientes de América Latina significa que el “Nueva York *latino*”, sinónimo de puertorriqueño durante décadas, se ha vuelto panétnico hasta el punto de que los puertorriqueños, aunque todavía son el grupo más numeroso, constituyen menos de la mitad del total. Con el nuevo milenio, ya era hora de que New York se convirtiera en Nueva York y de que esta pujante población con un trasfondo cultural y lingüístico similar tuviera su momento de gloria.

Esta visibilidad, sin embargo, puede servir tanto para iluminar como para oscurecer, sobre todo cuando se concentra principalmente en el imaginario de la cultura comercial. En el caso de los “latinos” que viven en Estados Unidos, la fama es claramente uno de esos espejismos que sirven para camuflar la desigualdad estructural y la dominación. Estos son factores que explican la realidad de la diáspora, a la vez que distraen la atención del público de la triste realidad social de la mayoría de los “latinos”. El éxito espectacular de unos pocos sólo sirve para enmascarar la realidad del racismo, la miseria económica y la inferioridad política que padecen la mayoría de los “latinos”, quienes emigraron al Norte desde sus países natales a causa de las persistentes desigualdades a escala nacional e internacional.

Pero la avalancha “latina” ha creado un “gigante dormido”, un monstruo demográfico y cultural cuyo inmenso potencial económico y electoral empieza a ser aprovechado ahora y que, al despertar, podría socavar el delicado equilibrio necesario para la prolongación del llamado “siglo americano”. El miedo y la fascinación se mezclan con la premonición y el alarmismo ante la amenaza inminente que constituyen supuestamente los “latinos” contra la unidad de la cultura americana y el destino de la nación. Una parte esencial de este pronóstico –repetido como un mantra cuando el debate público aborda el supuesto “*browning* de Estados Unidos”– es la identificación

de los “latinos” como “la minoría en más rápido crecimiento”, el grupo que ya superó numéricamente a los afroamericanos en esta década. El miedo a una “nación extranjera” —título de un reciente libro xenófobo sobre la inmigración— esconde a duras penas una fobia aún más intensa, el miedo ante la posibilidad de una mayoría que no sea blanca. Y todo esto sin mencionar otro gigante dormido: el “peligro *brown*” podría ser eclipsado por el “peligro amarillo”, dado que los asiáticos podrían superar en número tanto a los afroamericanos como a los latinos a mediados de siglo XX.

Estos pronósticos, sin embargo, dejan muchas preguntas sin contestar. Al momento de examinar las relaciones políticas y culturales que predominan en la sociedad norteamericana, dichas perspectivas dan por sentada la unidad sociológica de los diversos grupos “minoritarios”, en este caso “latinos” y negros, como si dichos conjuntos de poblaciones inmigrantes y colonizadas estuviesen en la misma situación histórica y constituyesen el mismo tipo de asociación colectiva, como grupo unificado, dentro de Estados Unidos, en función de su común ascendencia africana y su historia de esclavitud. Los afroamericanos, como cualquier grupo, se han diferenciado hace tiempo en función de la clase social, el género, la identidad racial, la diversidad regional y cultural, entre otros aspectos. Por otro lado, las fisuras en el mosaico “latino” saltan a la vista en cuanto dejamos atrás el despliegue publicitario y los censos optimistas y llevamos a cabo un análisis comparativo mínimamente riguroso. Incluso los elementos comunes como, por ejemplo, la lengua y la religión, resultan engañosos a la luz de los millones de “latinos” que no son católicos ni hablan el español como idioma principal. Aparte de eso, es ciertamente un ejercicio sociológico espurio el tratar de meter en el mismo saco, por un lado, a puertorriqueños y mexicanos, cuya situación en la sociedad estadounidense está condicionada por legados de conquista y colonización y, por otro, a inmigrantes de otros países latinoamericanos que llevan relativamente poco tiempo en Estados Unidos. Las diferencias socioeconómicas, educativas y de recursos empresariales son enormes, como también lo son las que tienen que ver con la raza y la cultura nacional.

Lo que no menciona ninguno de los columnistas en las páginas de *Nueva York* es la más importante de las “supresiones” inherentes a la nominación panétnica: la relación de los “latinos” con la negritud, y en concreto con la negritud estadounidense. Si bien el concepto de “latino” implica generalmente otredad, “gente de color” y no-blanca, la historia de la categorización social ha ido adulterando selectivamente la cuestión, y muchos medios de comunicación aceptan, o fomentan, la idea de compatibilidad con lo blanco; los rostros “latinos” destinados a llegar al gran público —ya se trate de Daisy Fuentes (figura 4), Keith Hernández (figura 5) o Chita Rivera (figura 6)— están situados, sin lugar a dudas, en la zona más clara del espectro. El elemento implícito de la nueva visibilidad “latina”, y del inminente desplazamiento de la comunidad negra como minoría más numerosa, es la supremacía de una minoría no-blanca. Para aplacar los temores de una invasión desde el

Sur está el consuelo de que al menos su presencia no supone tener que tratar con más almas negras.

Pero la experiencia social nos dice lo contrario. La creciente “catalogación racial” —*racial profiling*— y las oleadas de brutalidad policial van dirigidas contra los negros y contra los “latinos”, sin sutiles distinciones de color, pues lo cierto es que en muchas zonas urbanas deprimidas no existe tal diferencia y resulta imposible “distinguirlos”. Lo que la versión consumista y hegemónica de lo “latino” pretende ocultar es que muchos “latinos” son negros, sobre todo si se toma en consideración los indicadores raciales que se utilizan en Estados Unidos. Y, lo que es más, mientras que esta versión tiende a aproximar a los “latinos” a lo blanco —muy en consonancia con el bagaje racista de los países hispanoamericanos y caribeños—, en la calle y en las principales instituciones social lo “moreno” es sospechoso por parecerse demasiado a lo negro.

En Nueva York, donde la presencia latina sigue siendo principalmente caribeña, esta oposición a lo negro resulta cuando menos desconcertante. Muchos jóvenes puertorriqueños y dominicanos han reaccionado contra lo anterior, reafirmando su pertenencia a la diáspora africana. De hecho, en el caso de los puertorriqueños, esta perspectiva implica no sólo una insistencia en la herencia afro-boricua, sino también, debido a las décadas de relación con los negros neoyorquinos, una identificación y una solidaridad con los negros que no tiene precedentes en la historia de la “nación de inmigrantes”. La expresión cultural en todos los ámbitos —desde el lenguaje y la música hasta la literatura y las artes visuales— muestra fusiones y entrecruzamientos, fascinaciones y emulaciones mutuas que han producido gran parte de lo que identificamos, por ejemplo en el terreno de la música popular, con el jazz, el rock and roll y el *hip-hop*. Desde el punto de vista colectivo, y como reflejo de experiencias sociales más amplias, esta realidad demográfica y esta historia cultural conjunta desmienten la existencia de un muro divisorio entre los “latinos” y los negros.

Esta “doble conciencia” latina entre puertorriqueños y otros caribeños se remonta en la vida intelectual a las contribuciones del bibliófilo y coleccionista puertorriqueño Arturo Alfonso Schomburg, activo durante el período del Renacimiento de Harlem. En la historia de la música, al menos a los años 40 con los inicios del jazz “latino”, y en literatura, a los escritos de Jesús Colón en los años 50 y a la novela de Piri Thomas, *Down These Mean Streets*, de 1967. En nuestra época, la juventud “latina” colabora estrechamente con la juventud negra en la creación de nuevas corrientes de *hip-hop* y otras expresiones culturales. En un poema muy citado, “Blues negrorriqueños”, el poeta *nu-yorican* Willie Perdomo trata una vez más los dilemas interraciales puestos de manifiesto treinta años antes por Piri Thomas, y concluye con estos dramáticos versos:

¡Soy *spik*!
 ¡Soy negro!
 ¡*Spik, spik*! ¡Igualito que un negro!
 Abandonado, rechazado, oprimido y deprimido.

Desde los barcos bananeros hasta las casas de vecinos,
desde las bandas callejeras hasta los cuarteles...
¡Spik! ¡Spik! Igualito que un negro.

De manera similar, “Mariposa” —pseudónimo de María Fernández, artista de la palabra hablada— se opone a que la llamen “escritora “latina”, como pretende el mercado literario actual, recordando a su público que “yo misma me siento más unida a mis hermanas [escritoras de origen africano] que, por ejemplo, a poetas chicanas como Sandra Cisneros o Lorna Dee Cervantes.

Sin embargo, Mariposa no cree que esta relación con los negros estadounidenses esté en conflicto con sus orígenes puertorriqueños. Antes al contrario, en su poema “Oda a los diasporriqueños”, ella menciona su “pelo vivo” y sus “manos trigüeñas” como muestra de su identidad nacional, y clama contra los que se avergüenzan de dicha identidad:

Algunas personas dicen que no soy auténtico,
es decir, boricua,
porque no nací en la isla de encanto,
porque nací en tierra firme...
porque jugaba en un patio de cemento,
porque mi Río Grande de Loiza era el Bronx River,
porque mi Fajardo era City Island,
mi Luquillo, Orchard Beach,
y las noches de verano escuchaba los ruidos de la ciudad en vez de los coquíes,
y Puerto Rico era sólo un paraíso que veíamos en las fotos.
¿Qué significa vivir en medio...?

Mariposa da voz así a los sentimientos de muchos jóvenes puertorriqueños, y de muchos “latinos” en general, que se rebelan contra esa interpretación social y territorialmente limitada de la identidad cultural. El lugar de nacimiento y la experiencia inmediata no determinan definitivamente la pertenencia a una cultura, que en este sentido depende ante todo de la experiencia social y política, así como de la elección personal. “No nací en Puerto Rico —exclama Mariposa en el estribillo— Puerto Rico nació en mí”.

Como demuestran estos ejemplos, las actuales identidades sociales apuntan simultáneamente en varias direcciones, uniendo a los individuos y a los grupos mediante vínculos que parecerían mutuamente excluyentes si hiciéramos caso de los modelos comerciales e ideológicos de los medios de comunicación. El paréntesis de la revista *Nueva York, New York* como publicación orientada a los “latinos” empequeñece los horizontes culturales de la experiencia “latina” al reivindicar su diferenciación categórica con respecto a la negritud, y también al desvincular la cultura “latina” estadounidense de sus orígenes latinoamericanos y caribeños. No sólo se trata a las celebridades

“latinas” como intercambiables en su trasfondo colectivo, sino que en toda la revista no se hace mención alguna de México, Puerto Rico, Cuba, la República Dominicana o Colombia, salvo como potenciales ampliaciones del mercado estadounidense. Además, no se habla de la emigración masiva desde esos países, ni de las relaciones históricas con Estados Unidos que han generado los modernos movimientos migratorios, como el origen transnacional de la propia presencia y situación de los “latinos” en la sociedad estadounidense.

La situación global en la actualidad nos incita a superar estos puntos de vista tan limitados con respecto a la cuestión cultural, a los que bien podríamos llamar “identidades étnicas de consumo”. La comunidad “latina” es más un proceso que una entidad social concreta, y su formación implica interacciones complejas y a menudo convergentes con otros grupos “no-latinos”, como los negros y los pueblos indígenas norteamericanos. Pero la idea de lo “panlatino” implica necesariamente lo “translatino”, la participación de los “latinos” estadounidenses en la composición de diásporas culturales y políticas de proporciones regionales y universales. La interdependencia de las antiguas y las nuevas “patrias”, la constante influencia de la política estadounidense en las circunstancias vitales de América Latina, impulsan cada vez a más “latinos” a cruzar la frontera y resuenan con fuerza en la vida cotidiana de todos los “latinos”. Pero más allá de esos vínculos geopolíticos directos, el despertar de la conciencia cultural lleva a los “latinos” a pensar en otras diásporas más abstractas pero no por ello menos pronunciadas, especialmente la identidad transnacional indígena y la “atlántica negra”.

El “nuevo Nueva York” está repleto de innovadoras posibilidades culturales y, como nuevo hogar de tantas personas procedentes de tantos países latinoamericanos, ahora se presta a la reinención de América. Un siglo después de las proféticas reflexiones de José Martí acerca de los límites de “nuestra América”, estamos ahora en disposición de conceptualizar la propia “América” en su contexto mundial y los múltiples aspectos de una identidad “americana” como coordenadas de radicales reorganizaciones transnacionales. El hecho de que la “explosión latina” despierte tanto interés en Estados Unidos, las exageraciones y el despliegue publicitario generados por “la vida loca”, son sólo un indicio de un cambio profundo en los asuntos humanos, un cambio que nos hará preguntarnos, con Mariposa, “¿qué significa vivir en medio?”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- PERDOMO, W. (1994) “Nigger-Reecan Blues Reflections On The Metro North, Winter 1990” en *Aloud: Voices from the Nuyorican Poets Café* de Miguel Algarín, Bob Holman (eds.). New York: Holt McDougal.
- SALES, N. J. (1999) “The Star Next Door, Vida López” en *New York Magazine*, 6 de septiembre de 1999.